

## LOS JÓVENES Y CAMBIO SOCIAL

*María Antonieta Teodosio  
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)  
mateodosio@gmail.com*

### **Resumen**

El presente trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación dedicado a las Temporalidades, coordinado por Mag. Nancy Díaz Larrañaga, en el marco de la FPyCS (UNLP). A partir del tema elegido, el cambio social, se han revisado las miradas que los jóvenes proyectan sobre el cambio en su historia personal, en las instituciones conocidas y en la historia reciente. También se consideraron sus representaciones de pasado, presente y futuro a fin de leer y analizar posibles implicaciones y derivaciones de sentido.

La metodología elegida para la investigación consistió en los llamados relatos de vida, herramienta de análisis cualitativo, que, combinada con el empleo del software denominado Atlas ti, permitió la sistematización del análisis textual tanto como el entrecruzamiento discursivo.

El cambio social, de difícil conceptualización, contiene las continuidades que se le atribuyen con el desarrollo, además de otras de signo crítico o liberador, a partir de las cuales se constituyó una primera instancia de indagación. Posteriormente, el trabajo con las entrevistas permitió tensar la teoría en su aplicación sobre las prácticas sociales concretas.

Los resultados, todavía provisionales, se pretenden instrumento movilizador y animador de nuevas prácticas sociales dedicadas al cambio social.

**Palabras clave:** jóvenes; cambio social.

### **Introducción**

El tema de investigación, las temporalidades, da lugar en esta etapa al establecimiento de relaciones con las identidades, con la socialidad y con el cambio social. Este último aspecto es el que aparece acá analizado, como la completitud del proyecto, conforme a un corpus construido sobre la base de entrevistas realizadas a jóvenes y adultos de la ciudad de La Plata, residentes en el casco urbano. Los segmentos etarios fueron organizados con una diferencia importante, a fin de poder capturar cabalmente lo propio de cada uno. El grupo de los jóvenes quedó constituido por sujetos de entre 18 y 30 años, en tanto el de los adultos fue de los 45 a los 60 años.

La metodología de base se funda en el trabajo con los llamados relatos de vida, desde los cuales los sujetos entrevistados, jóvenes y adultos, tuvieron oportunidad de expresar y dar cabida a lo que consideramos cambio social a través de las respuestas a un cuestionario general preparado ad hoc. Se trata de una herramienta de análisis cualitativo, que fuera combinada con el empleo –para el análisis de los discursos– de la herramienta informática Atlas ti, que ha hecho posible la sistematización del análisis textual de las entrevistas tanto como el entrecruzamiento entre estas y la conformación de transversalidades entre los subtemas sujetos a investigación.

En este artículo haremos específica referencia a la mirada de los jóvenes respecto del cambio, forjada en los discursos que emanan de sus relatos de vida. Los encuestados son mayormente estudiantes o egresados, mujeres y varones en idéntica cantidad. Por su edad, son pocos los

que se dedican exclusivamente al trabajo. Otro punto en común es que varios de ellos, si bien son residentes del casco urbano, proceden de otros puntos del país, explicable por la característica de ser ciudad universitaria la ciudad de La Plata.

El cambio social, que es en este caso el concepto que entrama los discursos de los jóvenes en esta parte de la investigación, no es nuevo, pero sí podríamos afirmar que es de corta data. Si nos remitimos a las comunicaciones presentadas en congresos en nuestra región, observamos que REDCOM, por ejemplo, no tiene todavía mesas de trabajo que se organicen alrededor de esta temática; en cambio sí ALAIC, que desde hace ya una década viene trabajando en ella en una línea fundada en la comunicación para el desarrollo (1). Paralelamente, se vienen realizando otros encuentros a nivel latinoamericano que nombran el cambio social bajo una mirada crítica respecto del desarrollo, capitalista y neoliberal. Esta convergencia de sentidos diversos está presente en los enunciados de los jóvenes entrevistados.

También en esta indagación se tiene en cuenta el interaccionismo simbólico de G.H. Mead, para quien “la sociedad está dentro del individuo”, Concibe la sociedad previa al individuo y este último se debate internamente entre su “yo” (lo creativo e innovador) y su “mi” (lo social, lo que es capaz de lograr un acuerdo con lo establecido, el orden social, lo convencional incorporado a partir de los procesos de socialización). Estas dos facetas del individuo se incorporan en lo que denominó el “self”, y su juego constituye la acción social. Pero el orden social emerge y se negocia en las interacciones cara a cara, de ahí el nombre que luego tomaría su corriente. Estos planteos introducen el debate entre el cambio o la reproducción social en cada acto o encuentro intersubjetivo.

La conceptualización del cambio social procede de un constructo elaborado con nociones procedentes del interaccionismo simbólico de Mead, lo instituido y lo instituyente de Castoriadis (1975), la construcción de la realidad de Verón, E. (1987), Berger y Luckmann (1997) e Ivern, A. (2007).

Para este trabajo de investigación, se pone especial atención en lo que constituye la capacidad instituyente/creativa de la acción social, en la comprensión de que han sido los dos últimos siglos los que han dado lugar a la mayor cantidad de cambios de tipo social que poco pueden indicarse como muestras de la evolución. Retomando su carácter instituido –cultural– es que desde este espacio se confronta con tal saber natural. Para Castoriadis, la creación es la capacidad de hacer emerger algo que no existía o no estaba dado de antemano. Pero toda creación (*poiesis*), basada en la imaginación, trabaja sobre los *eidos* o formas ya dadas, de manera que todo cambio se sustenta en el andamiaje simbólico de lo anterior. La imaginación y el imaginario posibilitan el “magma de significaciones sociales”. Las instituciones (Castoriadis 1975, Foucault 1992), por su parte, son portadoras de significaciones imaginarias sociales.

Giddens considera que tres son los factores que inciden en el cambio social: el medio físico, la organización política y los factores culturales. Esos elementos atraviesan los relatos y en ellos se verá cuál es su grado de incidencia. También se lo retoma para atención a las alteraciones de las estructuras, puesto que para él la producción y la reproducción de la sociedad es producto mismo de la acción del hombre, y de su interacción. De este modo, la producción

social implica la constitución de la sociedad por los sujetos (actores), mientras que la reproducción social habla de la constitución de los actores por la sociedad.

En tanto planteada la sociedad como un sistema abierto, Morin (2) considera que vale ya no la homeostasis, propia de los sistemas cerrados, sino la morfogénesis, por la que la sociedad genera el cambio o modificación de sus estructuras frente a los conflictos, para no perder viabilidad.

La explicación está dada por el paso a la “modernidad líquida” de Bauman, que como él mismo describe, se trata de “una gran transformación que ha afectado a las estructuras estatales, las condiciones laborales, las relaciones interestatales, la subjetividad colectiva, la producción cultural, la vida cotidiana y las relaciones entre el ser y el otro. Se asocia con el quiebre del Estado de bienestar y su consecuente sensación de inseguridad (por la flexibilidad e inseguridad del puesto de trabajo), “degradación de carácter” (manifestación de la ansiedad actual), vacío de contenido en instituciones democráticas y privatización del ámbito público”.

Bauman (3) señala al respecto, marcando también la transformación de estas estructuras:

"Apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a recanalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo".

Para él (Bauman, 2005), la transformación es “transformación de la propia biografía”, definición que nos pone de cara a responder que antes que social, el cambio es subjetivo. Esta misma afirmación nos pone en la cuenta de que el paso del sujeto al grupo es ciertamente una instancia comunicacional.

Si en esa línea entramos que las subjetividades de hoy cuentan, al decir de Reguillo (2000) con identidades “menos ‘largas’, más precarias, dotadas de una plasticidad que les permite amalgamar ingredientes que provienen de mundos culturales muy diversos y por lo tanto atravesadas por fuertes discontinuidades...”, entonces podemos deducir que la transformación biográfica que formula Bauman posee una fuerza libidinal menos firme, menos determinada. Inclusive si entendemos que estos sujetos están atravesados por un imaginario social instituido, marcado por la práctica hegemónica que los pretende menos rígidos.

Finalmente, la novedad, del enfoque propuesto tiene que ver con sacar el tema de su sesgo desarrollista para revisar, desde una perspectiva superadora, ligada a una comprensión componedora de las diferencias, una diversidad de prácticas en relación con la transformación social, con la participación, lo popular y lo comunitario, con la comunicación entendida ya no como linealidad ni funcionalidad, sino como constructora de vínculos conformadores de identidades, y especialmente de futuro, en proyectos participativos de planificación y prácticas de intervención. Lo novedoso tiene que ver también con recuperar no solo lo que los sujetos piensan sobre el cambio social sino también lo que hacen, desde su cotidianidad, para hacerlo posible.

Ivern (2007) sustituye la expresión “cambiar la realidad” que “podría formar parte de una determinada representación de algunos hechos, creencias o hábitos”, por “cambiar la

percepción de la realidad”, para convertirla en alternativa instituyente (en imaginario social), opuesta al “imaginario social instituido”. Así, pone de relevancia el papel de los discursos como corsés donde se constriñe la transformación eventual de la realidad.

El cambio social, entonces, será interpelado tanto como mecanismo, como un proceso y como resultados que en este caso serán analizados desde la subjetividad de los encuestados, para reconocer cuáles son las representaciones sociales respecto de la sociedad, del pasado, del futuro y especialmente de las experiencias de cambio que, en este caso los jóvenes, han podido vivenciar, las que han puesto en práctica y las que consideran que pueden llevar adelante.

Volviendo sobre el sesgo regional del tema, se trata con este trabajo de contribuir con el conocimiento del cambio social, para la elaboración de políticas superadoras e integradoras que nos entramen con toda nuestra América, en un sentido que recorra el pasado, el presente, y prepare la mancomunidad necesaria para construir el futuro deseado.

### **La representación del presente en los jóvenes**

Para empezar, hay que dejar en claro que las encuestas pretendían abrir el diálogo y disponer la escucha con la pregunta sobre la sociedad presente. Y no se observaron en las respuestas vacilaciones: en todos los casos éstas fueron negativas: los jóvenes ven a la sociedad –en un aglutinamiento de expresiones recogidas– como una selva, como una vorágine, alocada, fragmentada, polarizada, desfasada en la preocupación por el ser y el tener, indiferente, mezquina, acelerada, individualista, vacía, cambiada en los valores, colapsada, sin familia tradicional, con algunos progresos y más retrocesos, caótica, quebrada en las relaciones sociales, con valores tergiversados, como gente insatisfecha y preocupada solo por sí misma.

La homogeneidad de la percepción encubre una heterogeneidad puesta en la base del conjunto y una polarizada actitud frente a lo social, que pone a unos en un sitio crítico y/o declaradamente progresista, mientras otros, por momentos, rechazan dar su parecer o echan mano de los discursos instalados en el Imaginario Social.

Si observamos con detalle, la mayor crítica que unos y otros efectúan es a la pérdida de lazos, lo que los hace calificarla como individualista, quebrada, fragmentada, preocupada solo de sí misma. A esto se agrega en los discursos la denuncia de la polarización social, atravesada no solo por la brecha tecnológica entre adultos y jóvenes, sino por la diferenciación económica entre ricos y pobres. La expresión con la que dan cuenta cabal de las separaciones, de la falta de vínculos es la de sociedad como selva, lugar de la naturaleza salvaje donde se pierden las seguridades, las certezas, los códigos culturales, los afectos que cobijan, ideas que abonan quienes la califican de caótica o colapsada, como si alguna clase de orden previo se hubiera perdido. La idea de selva también remite, en el universo adulto al reino donde domina la competencia, representación correspondiente al mundo laboral, conceptualización de la que los entrevistados no dan cuenta.

Un dato a atender es la velocidad con que los jóvenes responden sobre la realidad presente. No es la misma que muestran en cantidad de otros temas. Este punto merece ser leído como

respuesta ya formada o como conocimiento previo (en cuyo caso deberíamos plantearnos si se trata de un código conceptual adoptado por escolarización o por pura experiencia). En este rasgo, sin embargo, se puede reconocer la activación del recurso Imaginario Social, que los provee solícitamente de respuesta.

Si una comparación podemos realizar con los adultos es que estos a la hora de calificar su visión de la sociedad fueron enteramente lapidarios e inclusive gastaron mínimas palabras para describirla. Las expresiones eran recurrentes y expresaban que la ven caníbal, en retroceso, contradictoria, en general. Los jóvenes en cambio la consideran a partir de imágenes impresas en el imaginario en relación con la calle, con la familia, con la tecnología. No hay – predominantemente– apelación a ideas cerradas o completas. Los jóvenes declaran lo negativo de los cambios a la vez que no clausuran sus percepciones de la realidad. Con esta actitud abren un espacio más allá de las vocaciones optimistas que detenten o no discursivamente (4). En la idea de presente que habita en los jóvenes se percibe con fuerza la presencia de instituciones como la familia, la escuela, la amistad, y con nueva fuerza ese espacio que las articula a todas que es el abierto por las nuevas tecnologías (celulares, Internet, computadoras).

### **Las representaciones del cambio en los jóvenes**

Como se anticipara, no hay un concepto unívoco de cambio social, sin embargo en la pregunta a los jóvenes se hizo evidente que este está asociado a un imaginario de progreso. E inclusive, el cambio que refieren es diametralmente distinto del que han experimentado a lo largo de sus vidas. El cambio que ellos mencionan existe en el relato familiar o en el relato escolar o bien en el de la historia, pero el que ellos pueden señalar “es negativo”, “va para atrás”. Así lo expresan:

“Hay cambios, pero son cambios que son regresivos no progresivos, no veo cambios que a mí me gustaría ver”.

“Cambios se ven, el cambio es que vamos para atrás, no para adelante”.

El sentido del cambio experimentado por estos jóvenes contradice el concepto de evolución que ellos mismos enuncian (5). Inclusive algunos expresaron:

“ No ha cambiado nada, sólo la ciencia y la tecnología han evolucionado”. O,

“Los valores han cambiado mucho a una velocidad muy rápida y sinceramente han postergado valores que para la humanidad son primordiales y hoy la sociedad argentina no los está poniendo en el lugar que tienen”.

“Más allá de lo bueno que puede estar esta cuestión de proyectarse, tener otras cosas que no son las que tenés, digamos –puede ser un motor de evolución– creo que en alguna medida es también una causa de paranoia, histeria, locura”.

Revisando lo que para los jóvenes son hitos del cambio en lo social, se nota claramente la divergencia de criterios, ya que estos estriban en hechos políticos –acorde con la narrativa del cambio planteada desde la versión escolar de la historia– o tecnológicos, en relación con la aparición de las nuevas tecnologías asociadas al manejo de internet.

Los jóvenes encuestados realizaron asociaciones con períodos marcados por alguna presidencia o bien por sucesos resonantes en términos mediáticos. Reconocieron estos hitos en hechos como la era Menem –también el año 1995– o los 90 –la gran mayoría–, mientras otros refieren solo una década atrás, y eligen 2001 –en segundo término–, o lo atribuyen a la aparición de Internet, que globalizó las relaciones.

“Hay cambios, con relación a lo político desde lo que fue el 95 con Menem, ahí hay un cambio marcado. Con una crisis que se inicia ahí que tiene que ver con la crisis política, la crisis económica y crisis social en cuanto a problemas de desocupación, de inseguridad”.

“Desde 2006 en adelante más o menos”.

“A partir de la década del 90”.

“Yo creo que en nuestro país el clic fue el del 2000, 2001”.

“La tecnología, me parece, es un gran impulsador del cambio. La industria y la industria de la tecnología es un gran impulsador del cambio más cercano que tenemos”.

“Y, todos empezamos a usar el celular de golpe, como si fuera lo más indispensable en la vida, y antes nadie tenía. Pero bueno, eso genera comunicación, así que supongo que está más comunicativa la sociedad”.

“A partir del surgimiento de internet, ese fue un cambio rotundo”.

También reconocen el cambio social en el ámbito público, especialmente signado por la seguridad/inseguridad, y datos como el tránsito, la limpieza o no de las plazas, la altura en crecimiento de los edificios y en la velocidad con que circula la gente por las calles.

“Hoy en día veo a la ciudad cada vez más fea, por ejemplo. Te puedo resumir con esta palabra ¿no? en términos de descuidado, de desinterés, de desidia, de falta de respeto por el otro en todo nivel”.

“Nos vamos apilando más para arriba lo que quiere decir que vendrá más gente obviamente y yo creo que va a haber mucho más lío de gente”.

“Veo a una ciudad muy concentrada geográficamente donde los puntos neurálgicos están todos en el casco urbano, me parece altamente discriminatorio con todos los barrios que hay alrededor”.

“El ciudadano que cada vez se va encerrando más en sus casas y los sectores de violencia que van tomando la calle”.

“Cambió el tema de la iluminación en los barrios, el barrido, el arreglo de las veredas, etcétera”.

Como se puede ver, se trata de una percepción de los cambios que atiende a lo sensible, concreto, asequible por sus propios sentidos.

En todos estos casos, además, se observó que el cambio social es también para ellos el cambio reciente, el cambio del cual pueden dar cuenta de manera personal. Esto dice que han aprendido un pragmatismo que a la vez que los hace “prácticos”, los sujeta con fuerza a sus sentidos y a sus propios recursos. Ellos reconocen aquello que vieron o vivieron, sin mediaciones.

Por su parte, las visiones que rechazan esta configuración puntual de los cambios y se muestran proclives a percibir el cambio como un *continuum*. Es la situación de aquellos que manifiestan el cambio de modo permanente, con lo cual lo naturalizan o no lo perciben, mostrándose impermeables a su percepción a la vez que se niegan (consciente o inconscientemente) a participar en él.

“No te puedo decir desde cuándo estoy cambiando, supongo que estoy cambiando desde que nací, es constante. Es probable que de acá al año que viene haya cambiado algunas otras cosas. En lo que es la rutina, obviamente también cambia porque uno no la conserva para siempre; pero más que nada si me preguntás como individuo o como característica, es más lento el cambio, pero es constante en ese sentido”.

Puestos de cara a reflexionar sobre sus propios cambios, se pudo observar cuáles son para ellos los factores que los movilizan. Los jóvenes entrevistados nombraron situaciones como el inicio de los estudios, o la mudanza a otra ciudad y la consecuente independencia respecto de los padres, otras como un inicio de convivencia o un casamiento, conocer a alguien, alguna enfermedad, el inicio de la vida laboral o el acceso al crédito, entre otras. En todos estos casos el cambio personal está ligado a instituciones que van marcando grados con su estructura, como la escuela, el egreso de la secundaria, el inicio de la Universidad, o la familia, que también señala socialmente como hijo o como pareja de, o como padre, y finalmente la institución trabajo, que a su modo clasifica y pondera. También el Estado clasifica al pasar a los 18 años a ser jóvenes y por ende, votantes. Y aunque no se haga mención del cambio en esta institución, tanto el trabajo como la ciudadanía se conjugan en la mención del cambio por el acceso al crédito para la compra de la casa propia.

“Mi vida cambió fundamentalmente, cuando empecé a tener mejores oportunidades laborales. Eso hizo que también tuviera acceso a un crédito y a una casa. Fue fundamental porque, digamos, después de haber alquilado durante tanto tiempo pasar a tener mi espacio, a saber que lo puedo pagar, que lo puedo mantener, que también tengo posibilidades de crecer en otras cosas”.

Asimismo, sus relatos dan cuenta de un tema fundamental para entender el cambio social que es el de la direccionalidad del cambio, un elemento valioso para interpretar este corpus. Al pensar este tema, se pudieron establecer algunas relaciones, pero especialmente entre los jóvenes de mayor edad del segmento –al menos en los pertenecientes a la muestra–, de clase media estudiantil o trabajadora del casco urbano de La Plata, cuyos discursos están marcados por el relato de la modernidad, el del progreso indefinido y la evolución de las especies. En estos jóvenes que se encuentran cercanos a finalizar sus estudios terciarios o universitarios, con familias recién proyectadas y trabajos en los que van siendo reconocidos, el discurso del trabajo sostenido y del esfuerzo para progresar halla eco en ellos y así lo muestran:

“En cierta medida estoy haciendo el esfuerzo porque cambie también”.

“En la medida en que yo empiezo a ser consciente y a experimentar que verdaderamente tengo otras oportunidades, que puedo hacer lo que soy capaz, que alguien en mí reconoció, me dio una oportunidad, que se me abren puertas económicas

y que yo tengo logros, la verdad es que mis expectativas, frente a la vida, empiezan a cambiar”.

“Yo disfruto del trabajo porque el trabajo que tengo ahora tiene características que van bien con mi personalidad, entonces no lo paso mal, lo disfruto en cierta forma y muchas veces me divierto y no lo considero un trabajo aunque el esfuerzo está y el tiempo está”.

“Yo trabajo; para poder vivir tranquila tengo que trabajar 9 horas, cursar 6 y dormir el resto”.

“Lo que estoy haciendo ahora: ponerle mucha energía a todos estos proyectos”.

Sin embargo, son estos sujetos los mismos que al unísono se refirieron a la realidad presente con términos negativos. Esto da la pauta de que conviven con un entorno que marcha a contracorriente. El interaccionismo simbólico vería en este un juego imposible, denodado, sin simetría esperable.

La dirección del cambio, en este caso, no produce como en la teoría, la sumatoria sinérgica de las acciones individuales. Lo que esto no explica es qué lógica admite que la acción individual progresa en un sentido positivo en tanto la acción social siga otro rumbo.

Como señaláramos más arriba, no todos los jóvenes asumen el discurso modernizador. Los más jóvenes del segmento, por su parte, declaran que se orientan acorde a su placer,

“Forma parte de lo que estoy esperando hacer, no una cosa que pasó y de repente me cambió el día, entonces creo que los placeres los incorporo al rumbo cotidiano”.

“Yo busco un ritmo de vida más tranquila, porque me ha afectado el ritmo de vida tan estresante”.

“Ponía en primera medida el estar cómodo en donde trabajaba, independientemente del rédito laboral y formal”.

La adecuación respecto del entorno,

“Y ahora me adapté a esta nueva situación y la disfruto”.

“En 20 días, todas las actividades que te decía antes que hacía por la tarde cambian, hay que modificarlas porque arranco de vuelta con la facultad a cursar y entonces se modifican”.

O bien a articular esas presiones:

“El tema es que parece ser que, en determinado momento, se entra en una lógica de renovar, renovar, renovar, renovar, por una cuestión de la lógica consumista. Ni siquiera sería tan grave si tocaría pura y exclusivamente lo material. Pero, me parece, que eso se está trasladando también a los vínculos sociales, a las relaciones con los otros, a las relaciones afectivas. Como que tener una pareja de más de 5 años es como que la tenés que cambiar”.

“No sé hasta dónde o si hago cosas concretas para cambiar esto que digo o por lo menos critico... Algo hago. Podría hacer más. Tal vez podría hacer más, tal vez podría

animarme más, a buscar cambios. Probablemente podría, no: probablemente no, sí, con toda seguridad”.

En cuanto a la velocidad de los cambios, las representaciones que conforman el corpus muestran que no se trata en ningún caso de cambios bruscos. En general, se percibe una resistencia hacia lo rápido (en posible asociación con la violencia) que posibilita que algunos jóvenes no perciban el cambio, lo vivan como una continuidad que no reconoce principio ni finalidad.

Hablar de cambio alude en algunos casos a la temporalidad, que lo orienta ya sea en sentido futuro o pasado. Aunque parezca contradictorio referir el cambio “en reversa”, esto es lo que los jóvenes han denunciado al referirse al presente. Para ellos se observa en la “pérdida” (nótese el uso del subjetivema) de valores, ya que así lo expresan, y en una sociedad devenida selva. El cambio hacia el futuro es, a su juicio, el que ellos producen con su estudio y su trabajo cotidianos, y ese goza de valoración positiva. Estos jóvenes de más edad reproducen un viejo ideal moderno, con lo cual resisten las fuerzas del cambio social y de esa manera las neutralizan produciendo una suerte de equilibrio, en el que algunos jóvenes logran ser incluidos, más allá de la tendencia a la entropía.

En el caso de los más jóvenes, lo que se observa es la respuesta adaptativa, que negocia su simetría dando fuerza de trabajo a cambio de placer, y a la velocidad instalada le devuelve una búsqueda denodada de su propio ritmo, de la defensa de la tranquilidad.

“Este año me tocó decidir qué cosa resignaba y fue todo un problema”.

“Para mí es notorio el cambio y está re bueno, si los cambios hicieron que mi vida sea más linda de ser vivida, placentera de ser vivida”.

“Ahí ya cambió mi vida porque me fui a otro lugar, Te tenés que relacionar, comprometerte de diferentes maneras, negociar. Hay como muchos pasos que no te enseñan en la Academia. Entonces yo me veo como en un círculo concéntrico, donde tu núcleo íntimo que es el que siempre va a seguir estando pero todo el tiempo, así, generando relaciones hacia fuera y con mucha gente”.

O de la superación del brete por el humor

“Y, todos empezamos a usar el celular de golpe, como si fuera lo más indispensable en la vida, y antes nadie tenía. Pero bueno, eso genera comunicación, así que supongo que está más comunicativa la sociedad”.

En consecuencia, ni los mayores pueden dar dirección al cambio social con su estudio y trabajo esforzado, ni los más chicos, que abiertamente declaran su necesidad de adecuarse –de adaptarse para sobrevivir, acorde con la teoría evolutiva– y de no sufrir, por lo que buscan de modos diversos, sobre todo ligados al entretenimiento, el placer.

En cada caso se observó que el cambio social es de corta data, y que es –en general-reconocible. De lo que no dan cuenta los entrevistados –y tal vez el cuestionario no estuviera en este sentido bien orientado- es de cuándo se vivió ese pasado que reconocen como mejor a partir de la mención de la “pérdida de valores”, que los enreda en el mito conocido del eterno retorno.

Para ir cerrando esta exposición, algunos de los jóvenes, preguntados por sus esperanzas para el futuro, respondieron:

“Y...la verdad que no sé. Depende, porque capaz que es un futuro lejano que yo veo en formar una familia, poder tener un trabajo digno que me guste hacer y que eso por ahí me ayude a poder mantener a mi familia, pero principalmente que me guste”.

Y ante la pregunta incisiva: ¿y algo más que puedas hacer para lograr ese ideal?

“Y, no sé... Tratar de seguir con mi personalidad, que no me lleve a cambiar la forma de ser que tengo yo debido al trabajo, seguir con mis ideales, siempre hacer las cosas con dignidad, manteniendo siempre lo que uno quiere”.

En otro caso, una entrevistada, trabajadora social, que tuvo la posibilidad de acceder al crédito inmobiliario, que comprendió que sí puede, ahora planea para el futuro dedicarse “a su salud y viajar..., gozar de lo cotidiano, conocer, ir paso a paso”.

Otro de los jóvenes, que desde hace 10 años está recibido, pero no ha cambiado sustancialmente su vida, reconoce que le cuesta romper la inercia del sedentarismo, a pesar de que es profesor de educación física. Le cuesta imaginarse el futuro. Tiene ganas de armar un proyecto de convivencia tranquilo, estable. Quiere para él algo tranquilo, ordenado, aunque para algunos suene aburrido. Cree que hay que encontrar el equilibrio.

Además, un joven de 21 años, afirma que le gustaría volver a ser chico, por lo lúdico, despreocupado e ingenuo. Se imagina el futuro siendo feliz, con un trabajo, una familia y todo muy creativo y entretenido porque de otro modo se sentiría abrumado. Y considera que para lograrlo es necesario animarse, que las cosas no van a llegar a él solas y que tiene que animarse a concretar lo que se propone. Ve el cambio como un riesgo que tiene que asumir. Sabe que sin tomar decisiones no podrá conseguirlo.

Una joven de 22 años expresa que le gustaría tener en el futuro “una vida tranquila y poco estresante”, para lo cual tiene que hacer las cosas bien, ser buena persona, y tener salud física y mental.

Otro varón de 22 años declara que espera que su vida se desarrolle naturalmente, y que para eso, seguirá poniendo energía en sus proyectos.

Una joven, que cree en el sistema de representación, considera que debe, desde lo laboral, reclamar y votar a quienes van a pensar que el trabajo tiene que ser digno y reconocer para lo que uno está preparado; y después sí, “conocer algún muchacho”. Cierra el futuro en un esposo posible y su hijo.

Estos son solo algunos ejemplos que dan cuenta del sentido que los jóvenes dan a la impronta del cambio. En cualquier caso, continúan manifestando su rebeldía a las imposiciones, mientras el cambio social aparece vertiginoso y globalizado.

Estas citas también sirven para mostrar cuáles son, en el Imaginario Social de los jóvenes, las estrategias para producir cambios sociales: recurrentemente señalan como tales el trabajo y el estudio. Lo llamativo del caso es que son las mismas que podrían haberse recabado si

hubiéramos realizado esta investigación hace cien años. Respuestas juveniles propias de hace solo unas décadas u otras innovadoras no encuentran eco entre ellos.

Si, para finalizar, revisamos sus discursos buscando la acción transformadora, entonces vemos que los actores del cambio son los políticos, los delincuentes y ese conjunto despersonalizado que ha provocado el deterioro social.

Estos mismos jóvenes dejan en claro con su discurso y su práctica cotidiana que una cosa es el cambio social, hecho del que pueden ser víctimas o testigos, y otra muy distinta es el cambio personal. No hay en sus percepciones bisagras entre ambos mundos. Como dice uno de los entrevistados: "Uno ve las cosas mal, pero tiene esperanza de que cambien".

## **Conclusiones**

La primera cuestión a dejar sentada es la aclaración respecto de que las presentes conclusiones no cierran el tema, sino tan solo lo plantean de manera preliminar y provisoria.

La segunda, la idea que persiste en ellos es la representación clásica de una historia marcada por hitos de índole política, como si el relato de la historia fuera escrito solamente por los vencedores, negando con esa actitud las posibilidades de construir otros relatos desde sus propias voces. Esta experiencia de la historia como lucha por el discurso no tiene lugar entre los jóvenes que con sus discursos construyen una continuidad lineal entre las prácticas políticas y los modos efectivos con los cuales construyen su cotidianidad.

En esta misma línea que expresa el aprendizaje de la historia como hecho político, como acto de un otro con poder, se observa la adopción acrítica de los discursos sociales instalados, que promueven que sujetos que no han tenido experiencias ligadas a la violencia, declaren que les preocupa la inseguridad. Más aún, se hace evidente la desconexión entre los procesos que vinculan antecedentes y consecuentes, causas y efectos. No hay una generalizada voluntad de conocimiento –que de ello se trata– que movilice la curiosidad en los jóvenes. La tendencia indica que optan sin ejercicio intelectual, guiados por mecanismos de placer/displacer y ligados a la instantaneidad.

Recordemos que la presencia de la familia perdura entre estos jóvenes, pero ellos mismos denuncian la pérdida de los valores por ella sostenidos, lo que permitiría inferir que los vínculos, sostenidos en términos formales, se han debilitado en la capacidad y calidad del diálogo, y consiguientemente, han debilitado su capacidad transmisora de la cultura. De allí que los más jóvenes desconozcan los relatos instalados –insituados– desde las instituciones familia y escuela –también relegada a una capacidad formal–. En esta desconexión de la historia y de la memoria, el presente –instalado con la fuerza del imperativo categórico– evita la interpelación crítica y con ello sofoca de manera pacífica cualquier posibilidad de rebeldía. El presente tiene para ellos la contundencia de las imágenes con las que han crecido, y expresa su incapacidad transformadora. Para los jóvenes el presente simplemente es, como si de naturaleza se tratara.

De allí que no pueda ser transformado. En cambio sí pueden orientar su propia historia, de manera que los cambios de tipo personal se reconocen como momentos puntuales, hitos.

Estos son provocados no tanto por la reflexión o la toma de decisiones, como por situaciones a las que se llega socialmente. Estas instancias están claramente inscritas en la cultura, entre las prácticas que marcan la vida de una persona, pero para los jóvenes se experimentan como parte de una automatización radicada en la naturaleza. Las miradas críticas –que ciertamente han sido relevadas– no logran salvar la articulación entre la conceptualización y una praxis transformadora.

No se releva entre los jóvenes de la muestra una conceptualización del conflicto como objeto concreto. De hecho, la realidad resulta en su discurso problemática –pero no en términos personales ya que así se manifiesta a todos– y además compleja, al resultar así configurada por múltiples factores. Resulta evidente que los entrevistados perciben de su entorno inmediato cuestiones como la crisis –especialmente expresada como inseguridad– social y la precariedad de la sobrevivencia, pero se nota que estos datos aparecen internalizados.

El elemento que estaría trabajando como nexo entre el problema y su despersonalización sería el pragmatismo imperante en estas personalidades atravesadas por un imaginario social instituido marcado por la hegemonía, que las formas plásticas, líquidas. Si el problema tiene índole general, descreen que pudieran personalmente hacer algo para resolverlo, y como además este no es producido en forma lineal, les resulta difuso reconocer tanto la calidad de instituida de la realidad como los actores del hecho social. Dice Foucault que el poder es mayor cuanto menos puede reconocérselo, y en este caso, el pragmatismo que sujeta a los propios sentidos aleja a este segmento etario de su reconocimiento y, con ello, de su posible transformación. Esta presunción se funda en que es este pragmatismo aprendido el que los sujeta –doblemente– a su condición: como solo pueden creer aquellos que ven, esas formas dadas o “eidos” de Castoriadis, se encuentran constreñidos en esta representación, sin alcanzar a producir alternativas instituyentes, al decir de Ivern. Esta parece una clave para seguir pensando el cambio social.

Finalmente, si existen algunos motores para la acción social, estos posiblemente estén hoy ligados al placer y desde ahí, a la práctica innovadora, verdades que se instituyen de la mano de las nuevas tecnologías.

Por lo hasta aquí expuesto, se refuerza la certeza de necesidad de conocer en profundidad los modos de conceptualizar el cambio social, y especialmente en los jóvenes, depositarios en el imaginario adulto de la esperanza de un mañana mejor.

## Notas

(1) Pesquisa elaborada para el artículo “El cambio social en los congresos de comunicación. Aportes y perspectivas” elaborado por Ramírez de Castilla y Teodosio, 2009.

(2) Morin citado por Becerra, M. 2002.

(3) Citado por Reguillo, 2007.

(4) En esta diferencia entre jóvenes y adultos se puede percibir la dimensión de las mediaciones que cada grupo etario establece.

**MARÍA ANTONIETA TEODOSIO**

Profesora en Letras (UNLP). Docente en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP y UNQ e investigadora. Cursó la Maestría PLANGESCO y la Especialización en Prácticas, medios y ámbitos educativo-comunicacionales, de la UNLP. Es firmante del II Pronunciamiento Latinoamericano por una Educación para Todos.